

Nina PLUTA

Pedagogical University of Cracow

plutaster@gmail.com

EN CONSTRUCCIÓN O EN VIAJE: APUNTES SOBRE LA REPRESENTACIÓN DE LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA EN LA NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

ABSTRACT **Travelling or in construction: notes about the representation of the identity in the contemporary Spanish-American fiction**

The paper explores the parodic and non parodic image of the collective identity in some examples of 20th century and contemporary Spanish-American fiction. From the middle of 19th century to the middle of 20th many essays and novels tended to reinforce the idea of a Latin American citizen rooted in the continental soil and ideologically independent both from the former metropolis and from United States. On the contrary, in the second half of 20th century, when the model of identity shifted from a set of idiosyncrastic and patriotic characteristics to a bunch of heterogeneous attributes, the Spanish American novelist began to include in their fictions an authocritic and ironic attitude towards Latin American cultural myths and stereotypes. The analysis takes into account authors such as Arturo Bryce Echenique, Roberto Bolaño, Edmundo Paz Soldán, Juan Villoro and Yuri Herrera.

Key-words: Latin-American Identity, Hybridity, 20th century Spanish American Fiction, McOndo Generation

Palabras clave: Identidad latinoamericana, hibridez, narrativa hispanoamericana del s. XX, Generación *McOndo*

El presente artículo pretende demostrar que la narrativa hispanoamericana contemporánea, así como la ensayística relacionada con la literatura, pueden ser un terreno propicio para la negociación identitaria; negociación que parece ser el núcleo de los procesos culturales de mestizaje e hibridación en América Latina desde el siglo XVI. *Au-delà des inégalités et d'un rapport inéquitable entre les conquérants et ceux qu'ils asservissent, la colonisation de l'Amérique fut propice à des mélanges innovants, à des adaptations et à des métamorphoses inattendues*¹. A pesar de que hoy, dicho mestizaje tiende a ser altamente valorizado como modelo universal de la formación de culturas, ninguna entre ellas pudiendo jactarse de la supuesta pureza, las búsquedas identitarias, a nivel privado y colectivo, han llevado a menudo en la historia latinoamericana al acuñamiento de estereotipos que se manipulaban de un lado y de otro del Atlántico. Varias obras narrativas contemporáneas recogen, rehacen y revuelven críticamente la imagen de este ser teórico y artificial llamado hombre hispano o latinoamericano.

Desde finales del siglo XIX, los habitantes del vasto territorio en cuestión (América del Sur y Central) no dejan de indagar, en ficción y ensayística, con entusiasmo o con más escepticismo, la cuestión del nunca acabado proyecto llamado identidad latino e hispanoamericana. En la primera mitad del s. XX Alfonso Reyes fue uno entre muchos quienes enfocaban con esperanza el futuro de un continente en que confluían diversas tradiciones y velocidades. Fue Reyes quien puso en circulación la metáfora de América como un laboratorio donde se ensayan las teorías filosóficas o las concepciones del estado concebidas en Europa (1936). Medio siglo más tarde, Carlos Fuentes acometía esa cuestión en su vasta novela-ensayo *Terra nostra* (1975) proponiendo la visión de Hispanoamérica como un intento (parcialmente fracasado) de rehacer su propia historia por parte de la metrópoli (la “segunda ocasión”, que casi nunca es dada en la vida)².

Hoy seríamos, sin embargo, más proclives a opinar que equipo del laboratorio de Reyes rechaza la posición de sucursal subalterna de una fábrica metropolitana y realiza más su propios proyectos: se pueden ensayar ahí también las definiciones de la cultura promovidas desde y para Latinoamérica misma.

La **identidad** designa un proceso subjetivo o intersubjetivo de reconocimiento y autoreconocimiento, de fijación de un repertorio de símbolos y rasgos atribuibles al individuo y a la colectividad. Aquí nos moveremos en torno a la identidad colectiva (sociológica; aunque ésta no sea desde luego netamente escindida del proceso de individuación sociológica): es construida con materiales que emanan de instituciones y organizaciones y que el individuo en tanto actor social dota de sentido e internaliza³. Sin duda, en Lati-

¹ F. Aínsa, ‘Le destin de l’utopie: métissage et interculturalité’, *Diogène*, Núm. 209: Approches de l’utopie (2005).

² *Y obsesivamente, por ser quien eres y de donde eres, te dices que si esto es así, ese traslado del pasado tiene que ser el de la menos realizada, la más abortada, la más latente y anhelante de todas las historias: la de España y América Española* – C. Fuentes, *Terra nostra*, México 1975, p. 775 (*Novelistas Contemporáneos*).

³ M. Castells *The Power of Identity*, Chichester 2010, p. 7 (*The Information Age: Economy, Society and Culture*, Vol. 2); *I define meaning as the symbolic identification by the social actor of the purpose of her/his action*. Ibid.

noamérica este proceso está más a la vista – de los europeos y de los americanos mismos – por haber empezado relativamente tarde, en los albores de la modernidad y acompañando el nacimiento de la autorreflexividad occidental. A este origen tardío de la identidad latinoamericana se debe su **complejidad**, ya que las culturas representadas por los diferentes grupos étnicos y sociales no han llegado todavía a un mayor grado de homogeneidad. Hablar hoy de identidad latino o hispanoamericana es comprimir a la fuerza tradiciones de raíces y épocas históricas diferentes y hasta opuestas (india, europea, africana) y detener para fines teóricos un continuo hacerse⁴.

La negociación de la identidad se opera en América en diferentes planos: primero, puede ser problematizado el antagonismo entre los antiguos subalternos autóctonos (los indios) y los antiguos hegemones blancos; por otro lado, los descendientes de los antiguos grupos hegemónicos, los criollos, después de la independencia han ido pasando a la posición de subalternos frente a toda Europa, y más tarde, a los Estados Unidos⁵. En otras palabras, estos planos son los que caracterizan el complejo “modernidad/colonialidad” [...] *un nudo conceptual histórico-estructural en el que se confluyen, de manera heterogénea, variadas trayectorias: la de los europeos en las Américas y sus descendientes, la de la diversidad de sociedades originarias en América, la de la formación de sociedades nuevas como resultado del masivo comercio de esclavos*⁶.

A esto podríamos añadir otros planos de oposición y negociación, a saber, los surgidos entre los emigrantes hispanoamericanos del s. XX (que vuelven tras años de exilio o bien mantienen un contacto desde fuera con su país) y los que se quedaron. Desde el siglo XIX los hispanoamericanos han encontrado múltiples razones políticas, económicas y culturales de abandonar el suelo natal; la urgencia crece desde los años 60 del s. XX cuando empiezan a anunciarse las persecuciones políticas de las décadas ulteriores. Hoy prevalece la emigración económica (los migrantes mexicanos y de otros países, mayormente a Estados Unidos y a España); aunque va en aumento también la movilidad fomentada por el desarrollo de las tecnologías de comunicación en el ámbito global. Los conflictos heredados de la época colonial persisten pues o se mutan, enriqueciéndose de matices modernos.

Los intentos de captar la complejidad de la identidad latinoamericana han ido desembocando en varias propuestas que abarcaban los aspectos del continuo compenetrarse de las culturas: aculturación, mestizaje (p.ej. Gruzinski), transculturación (Ortiz), criollización; a esto se añaden los más recientes de heterogeneidad (Cornejo Polar) o de hibridez (García Canclini). Éste último, junto con otros pensadores como Enrique Dussel o Walter Mignolo, dirigen la atención hacia la dimensión global de lo que se fragua en Latinoamérica. Al lado de la conflictiva diversidad cultural originada en los siglos anteriores a causa de los mestizajes y transculturaciones, surge hoy la multicultu-

⁴ F. Aínsa, ‘Discurso identitario y discurso literario en América Latina’, *Amerika*, Núm. 1 (2010), p. 37-47, en <<http://dx.doi.org/10.4000/amerika.478>>.

⁵ Es cierto también que esta división se fue perfilando ya en la época colonial: entre los criollos enraizados en América desde generaciones y los “gachupines” advenedizos.

⁶ W. Mignolo, ‘La opción descolonial’, *Revista Letral*, Núm. 1 (2008), p. 10.

alidad fomentada por las redes globales de comunicación (medios masivos, Internet). Adoptando, a su vez, la perspectiva de la historia de la literatura, vemos cómo la conciencia de la hibridez o fractura inherente se polarizaba en las épocas sucesivas en términos de regionalismo versus cosmopolitismo, exotismo versus universalismo, compromiso versus autonomía.

Desde los comienzos de la independencia de los países hispanoamericanos e incluso desde antes, la herencia española fue siendo cuestionada, como suele pasar en las relaciones con el gran Otro. Pero la unidad lingüística y el influjo de los maestros de la lengua siguió decisivo para los intelectuales hispanoamericanos, a pesar de que sus simpatías declaradas iban a menudo hacia Inglaterra o Francia. Hispanoamérica vivió siempre al decir de Echeverría, con *un ojo puesto en la inteligencia europea y otro en las entrañas de la patria*. Lo que se leía en estas últimas infundía cuando más una débil satisfacción, aunque mayormente motivaba complejos de provinciano, que resuenan aún hoy: *Es difícil, decía [un protagonista de Roberto Bolaño] no ser feliz en Buenos Aires, que es la mezcla perfecta de París y Berlín, aunque si uno aguza la vista, más bien la mezcla perfecta de Lyon y Praga*⁷.

Mi propuesta es modesta. Propongo cotejar una serie de enunciados de ficción, así como algunos de la crítica literaria actual de dicho continente, en los que se pone en entredicho ciertos estereotipos sobre los rasgos de la identidad colectiva latinoamericana (en ocasiones sobre las naciones concretas)⁸. Por un lado son estereotipos que en cada siglo subsiguiente prolongan el vetusto mito europeo del buen salvaje o el caducado axioma filosófico sobre la inferioridad de ciertas etnias; por otro lado, son juicios y prejuicios que emiten sobre sí mismos los implicados, es decir los habitantes de Hispanoamérica. Desde los años 70 del s. XX se nota la tendencia, en las letras hispanoamericanas, a ironizar sobre sus propias deficiencias (subdesarrollo, ambiciones y complejos provincianos); a su vez, desde el comienzo del nuevo milenio las ficciones literarias tienden también a registrar tanto la crisis global del concepto de nación (en su sentido tradicional de comunidad cultural asentada en un territorio fijo), como la crisis de un paradigma en los estudios poscoloniales de los 70 que resultaba en una mitificación del nacionalismo colonialista⁹.

⁷ R. Bolaño, *El gaucho insufrible*, Barcelona 2003, p. 17 (*Narrativas Hispánicas*, 349).

⁸ Una observación acerca de la validez interdisciplinaria de los juicios tomados del ámbito de la ficción. Me baso en las teorías como las derivadas de Bajtín sobre el espacio literario como un cruce creativo de diversos discursos sociales (Bajtín); así como las teorías neomarxistas y los estudios culturales que ven los artefactos de la cultura como socialmente simbólicos (Jameson). Si bien los trabajos actuales sobre las culturas poscoloniales subrayan el elitismo y el carácter excluyente de la insitución literaria, propensa a monopolizar la versión blanca y culta de la nación y la identidad, es verdad también que las mismas novelas hispanoamericanas de estos años problematizan el estatus y la autoridad de las agencias culturales oficiales. Aunque los narradores y los protagonistas que aquí se citarán son, en efecto, individuos blancos de la clase media, su inseguridad respecto a sus raíces y los valores comunitarios (a menudo son emigrados que vuelven o intelectuales que viajan) contrarresta la autoridad de un eventual proyecto esencialista de identidad colectiva.

⁹ S. Castro-Gómez, 'Geografías poscoloniales y translocalizaciones narrativas de "lo latinoamericano". La crítica al colonialismo en tiempos de la globalización' en R. Follari, R. Lanz (comp.), *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*, Caracas 1998 (*Colección Pensamiento Transdisciplinario*).

Desde el siglo XIX la narrativa hispanoamericana capta críticamente la actitud altiva del extranjero o del intelectual criollo extranjerizante, desdeñoso de la realidad local, que José Martí caricaturizaba en el ensayo *Nuestra América* (1895; *porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña.*) La prosa del siglo XX abunda asimismo en personajes extranjeros desdeñosos de una realidad que consideran poco civilizada, desordenada, imprevisible: *Leiris* [un francés, amigo del narrador de *El testigo* de Juan Villoro, de 2004] *estudiaba la literatura latinoamericana como una vasta oportunidad de documentar oprobios. El machismo, el cacicazgo el ecocidio, la corrupción integraban la mitad yin de sus estudios; la mitad yang constaba de la barroca sofisticación con que los intelectuales mexicanos avalaban el régimen que los protegía. Leiris estaba en contacto con una difusa ONG que lo ponía al tanto de los abusos y las prebendas de la cortesana sociedad literaria del país de los aztecas*¹⁰.

¿Cómo reconocerse en las miradas caricaturizadoras y los espejos deformantes? Los autores de la segunda mitad del s. XX (la tendencia se prolonga al siglo presente) tienden a caricaturizar la caricatura. Aceptando en apariencia el desafío del estereotipo, lo subvierten y lo devuelven hiperbolizado

Veamos un fragmento de la ya mítica novela *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño, escritor chileno, muerto prematuramente en 2003. Bolaño hizo desfilar por sus páginas a cientos de personajes perdidos en los que él llamó una vez el gran manicomio latinoamericano. Migrantes, militantes de la última ola de los 70., artistas alternativos, poetas, fracasados de diversa laya. Muchos entre ellos lucen los tradicionales vicios latinos agrandados por la amarga sátira. He aquí la visión quejumbrosa de una norteamericana enamorada de un mexicano: *Barbara Patterson, en la cocina de su casa, Jackson Street, San Diego, California, marzo de 1981. ¿Dennis Hopper? ¿Política? ¿Hijo de la chingada! ¿Pedazo de mierda pegada a los pelos del culo! Qué sabrá el pendejo de política. Era yo la que le decía: dedícate a la política, Rafael, dedícate a las causas nobles, carajo, tú eres un pinche hijo del pueblo, y el cabrón me miraba como si yo fuera una mierda, un trocito de basura, me miraba desde una altura imaginaria y contestaba: no son enchiladas, Barbarita, no te aceleres, y luego se echaba a dormir y yo tenía que salir a trabajar y luego a estudiar, en fin, yo estaba ocupada todo el día, estoy ocupada todo el día, arriba y abajo, de la universidad al trabajo (soy camarera de una hamburguesería en Reston Avenue), y cuando volvía a casa me encontraba a Rafael durmiendo, con los platos sin lavar, el suelo sucio, restos de comida en la cocina (¡pero nada de comida para mí, el muy mamón!), la casa hecha un asco, como si hubiera pasado una manada de mandriles, y entonces yo tenía que ponerme a limpiar, a barrer, a cocinar y luego tenía que salir y llenar de comida el frigorífico, y cuando Rafael se despertaba le preguntaba: ¿has escrito, Rafael?, ¿has comenzado a escribir tu novela sobre la vida de los chicanos en San Diego?, y Rafael me miraba como si me viera en la tele y decía: he escrito un poema, Barbarita, y yo entonces, resignada, le decía órale, cabrón, léemelo, y Rafael abría un par de latas de cerveza, me daba una (el*

¹⁰ J. Villoro, *El testigo*, Barcelona 2004, p. 24 (*Narrativas Hispánicas*, 367).

cabrón sabe que yo no debería beber cerveza) y luego me leía el pinche poema. Y debe de ser porque en el fondo lo sigo queriendo que el poema (sólo si era bueno) me hacía llorar, casi sin darme cuenta, y cuando Rafael terminaba de leer yo tenía la cara mojada y brillante y él se me acercaba y yo podía olerlo, olía a mexicano, el cabrón, y nos abrazábamos, muy suavcito, y luego, pero como media hora después, empezábamos a hacernos el amor, y después Rafael me decía: ¿qué vamos a comer, gordita?, y yo me levantaba, sin vestirme, y me metía en la cocina y le hacía sus huevos con jamón y bacon, y mientras cocinaba pensaba en la literatura y en la política¹¹.

A las instancias colectivas que forjaron el estereotipo del latino perezoso, iluso, alborotador, sensual, se les manda de vuelta esta imagen grotesca, como diciendo: he aquí vuestra parte rechazada. mexicano y poeta él, estudiante de Texas ella, encarnan a la perfección esa relación de amor-odio que hay entre los latinoamericanos y sus observadores; una relación que reproduce también, en cierto modo, la relación de amor-odio de los latinoamericanos hacia sí mismos¹². Del estereotipo del hombre latino derivan también generalizaciones metonímicas sobre el desorden continental. Alfredo Bryce Echenique reúne en *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1981) observaciones irónicas sobre la percepción de América Latina en Francia en los años 70 y 80, época de intensa emigración desde aquella región del mundo, a causa de la persecución política. A la característica de vagos y alborotadores, se añade entonces la de activistas de izquierda y de causas perdidas. La realidad política y social suele ser representada como convulsa, marcada por las crisis y el desorden. El narrador de la novela mencionada habla de un profesor francés, experto de asuntos hispanos: *Pero lo peor de todo es que era un tipo bastante inteligente, y cuando preparaba bien una clase era capaz de convencer a medio mundo, con lugares comunes y frases llenas de prejuicios, pero muy bien cosidas unas con otras, de que América tenía las taras que se merecía, la miseria que se merecía, y los gobiernos que se merecía, sobre todo cuando éstos eran dictatoriales. Según monsieur Blenet, los latinoamericanos éramos gente que corría, que corría sin saber adónde iba, pero que corría y corría. Lo obsesionaba la imagen de millones de latinoamericanos corriendo hasta su perdición¹³. Aun así, con su capacidad de sembrar el caos, los latinos parecen ejercer una atracción poderosa sobre los representantes de las naciones más racionalistas.*

El estereotipo del militante arriba mencionado puede ser asumido, irónicamente, a través de la voz de un narrador latino: *Recuerdo que a Ulises le agradaba la poesía joven francesa. Puedo dar fe. A nosotros, al Pueblo Joven Passy, la poesía joven francesa nos parecía un asco. Hijos de papá o drogadictos. Entiéndelo de una vez, Ulises, solía decirle, nosotros somos revolucionarios, nosotros hemos conocido las cárceles de Latinoamérica, ¿cómo podemos querer una poesía como la francesa, pues¹⁴?*

¹¹ R. Bolaño, *Los detectives salvajes*, Barcelona 1998, p. 322 (*Anagrama*, 256).

¹² En el ya clásico ensayo *El laberinto de la soledad* (1950) Octavio Paz veía a los mexicanos atrapados en el complejo originado por la consciencia de ser hijos de una madre violada.

¹³ A. Bryce Echenique, *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz. Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire*, Barcelona 1985, p. 55 (*Plaza & Janés/literaria*).

¹⁴ R. Bolaño, *Los detectives...*, p. 233.

Pero hay también rechazos frontales de tal visión simplificadora, como en el siguiente comentario del narrador de Bryce Echenique: *No. No me vengan con que los latinoamericanos de París somos todos guerrilleros, o escritores revolucionarios, más el buen salvaje que es un indio de mierda. Estoy harto de tanto Clichy, estoy harto de tanto cliché, mi amor*¹⁵.

En la misma novela hay un interesante ejemplo de manipulación irónica y torsión de la mirada hegemónica. El premio Nobel guatemalteco, de visita en París, da una conferencia, donde asume con una ingenuidad falsa, y de hecho demoledora, la imagen idílica del buen salvaje: *Don Miguel Ángel, que veía a través del alquitrán, se dio cuenta muy pronto del lugar en que se había metido, y a la mitad de la charla no pudo contenerse y se arrancó con una exacerbada defensa del indio, desde el punto de vista higiénico. Para qué, debo confesar que yo he visto indios en un estado deplorable de inmundicia, pero don Miguel Ángel sólo los recordaba bañándose en ríos y riachuelos cristalinos de su adorada Guatemala. ¡Y qué se han creído ustedes!, gritó, de pronto alzando los brazos, qué se han creído los europeos cuando fueron ellos quienes inventaron el desodorante para disimular esa pestilencia del Metro de Londres!o el de París! Aquí no se baña nadie, aquí se esconden manos inmundas bajo ridículos guantes cuyos colores son algo realmente miserable si los comparamos con los indelebles colores con que nuestros indios ornamentan ese mundo natural y puro y limpio, limpio, sobre todo. ¡limpísimo!, señores y señoritas, y no como aquí donde nadie se baña, y si no pregúntenle a ese joven latinoamericano qué está parada allá al fondo, ¿cómo se llama usted, joven?, ¿de cuál de nuestros países viene usted, joven?, ¿no es cierto que nuestros indios se bañan varias veces al día en sus cristalinos ríos?, ¿no es cierto que nuestros ríos son límpidos cual manantiales y no ríos podridos como los de Europa?, ¿no es cierto, joven, que nuestros indios lavan su ropa diariamente hasta en el más pequeño arroyuelo? [...] la verdad es que las palabras del viejo en Nanterre me habían emocionado lo suficiente como para asentir en todo, y hasta había aplaudido un poquito, sin hacer ruido [...]*¹⁶.

El recurso de repetir lo que el Gran Otro extranjero aparentemente espera ver y escuchar resulta, desde luego, poco halagador para éstos últimos, ya que se explicitan sus fantasías, exóticas y exageradas. El narrador latino reacciona de forma hiperbólica, no sólo apropiándose el tópico del exotismo, sino que a la vez forjando otro, que vuelve como boomerang hacia los europeos, recriminando su presunta falta de higiene.

Este mismo procedimiento, del tópico retocado, emerge asimismo en un conocido texto crítico de los 90., la introducción a la antología *Mcondo*, que se ha convertido desde entonces en el manifiesto de la segunda generación de escritores hispanoamericanos del “posboom”. Los autores, Alberto Fuguet y Sergio Gómez, asumen en apariencia el nombre del pueblo mítico tropical (el Macondo marquesiano), pero en realidad subvierten su significado y el de un latinoamericanismo *naïf*. América Latina no es el paraíso exuberante de la naturaleza y reserva de gente incorrupta. Le conciernen los mismos cambios culturales que han modificado la manera de vivir de millones de personas en

¹⁵ A. Bryce Echenique, *El hombre...*, p. 144.

¹⁶ *Ibid.*, p. 53-54.

los países así llamados occidentales y asimismo en gran parte del globo. Hay magia, pero es una magia consumista al alcance de cualquiera (con algo en el bolsillo), en cualquier parte del mundo: *Nuestro McOndo es tan latinoamericano y mágico (exótico) como el Macondo real (que, a todo esto, no es real sino virtual). Nuestro país McOndo es más grande, sobrepoblado y lleno de contaminación, con autopistas, metro, tv-cable y barriadas. En McOndo hay McDonald's, computadores Mac y condominios, amén de hoteles cinco estrellas construidos con dinero lavado y malls gigantescos. En nuestro McOndo, tal como en Macondo, todo puede pasar, claro que en el nuestro cuando la gente vuela es porque anda en avión o están muy drogados*¹⁷.

Por otro lado, en la prosa última aparece un nuevo tipo de “extranjero”: es el paisano que se fue a la emigración, sea económica, política o intelectual, y que vuelve y contempla las lacras de su país natal con una lucidez que los años no han hecho sino que aumentar. El narrador de *El testigo* (2004) de Juan Villoro, historiador de la literatura que vuelve a México tras una ausencia prolongada, llama a su país “rancho infumable”, y es guiado por un propósito semiconsciente de intervenir o reformar esa realidad descorazonadora: *Tal vez en su vida secreta tuviera un idea épica de sí mismo, la espada que corregía algo en un país bárbaro*¹⁸. “¿dónde queda el extranjero?” tras tantas fusiones y mestizajes, viajes, ausencias y retornos: “¿En la patria abandonada o en las patrias adquiridas a fuerza del éxodo? ¿Quién es más extranjero: el nativo que retorna a deambular por sus parajes nativos o el forastero que agota el asfalto de nuevas y luminosas metrópolis del Viejo y del Nuevo Mundo¹⁹?

Pedro, el protagonista de *La materia del deseo* del boliviano Edmundo Paz Soldán es otro latinoamericano convertido en extranjero en su propio país. Joven académico contratado por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Madison (EE.UU.), no le atrae la paciente labor de investigación; quiere ser “más relevante” y por eso empieza a colaborar con la prensa de opinión, expresándose sobre los asuntos de su continente desde la perspectiva de un experto internacional. A su vez, entre los colegas del instituto, unos latinos, otros no, puede observar toda una variedad de actitudes investigativas que han marcado el latinoamericanismo del s. XX, determinadas ellas mismas, en parte, por los intereses vitales de los estudiosos respectivos: y así, el profesor gay dicta cursos sobre la (homo)sexualidad en el Caribe, el profesor cubano, disidente del castrismo, es conservador y se recluye en la historia del s. XIX. Todos ellos *jugaban a la política como chiquillos en vacaciones*²⁰, conscientes de que sus conclusiones no trascenderían el recinto universitario. Los estudiantes del doctorado exhiben, como es previsible, un mayor progresismo; unos para hacer construcciones de ideas más abstractas (a Yasemin, *Latinoamerica [...] le servía de punto de partida para su imparable y sofisticado teorizar*²¹), otros para detectar las nuevas formas de explotación del pueblo (Joaquín explora la retórica del populismo emergente a fines del s. XX).

¹⁷ A. Fuguet, S Gómez (ed.), *McOndo*, Barcelona 1996 (*Literatura Mondadori*, 55).

¹⁸ J. Villoro, *El testigo*, p. 177.

¹⁹ Eduardo García Aguilar, cit. por F. Aínsa, ‘Discurso identitario...’

²⁰ E. Paz-Soldán, *La materia del deseo*, Buenos Aires–Miami 2001, p. 38.

²¹ *Ibid.*, p. 42.

A pesar de que forma parte de este medio profesional, el narrador no siente vocación por indagar metódicamente en los numerosos aspectos de la noción de Latinoamérica. No le escapa cierta falsedad o más bien precariedad de su propia situación. Latinoamericano para los extranjeros, al volver de vacaciones a la ciudad natal, él mismo se ve ya desarraigado del contexto boliviano. ¿[Q]ué cambios sufren las teorías sobre “América Latina” cuando los sujetos de la reflexión cognitiva son intelectuales transmigrados?, pregunta Santiago Castro Gómez. Y contesta que son *reterritorializados en otros espacios y utilizados allí para alcanzar fines inéditos*²². Este autor demuestra que el debilitamiento paulatino del discurso hegemónico occidental, tanto en la política como en humanidades (poscolonialismo y posmodernismo que se imponen a partir de los 70), resitúa y atribuye significados diferentes al discurso latinoamericanista: éste no es ya un discurso identitario y emancipatorio sino un intento teórico de combatir, desde dentro de la academia universalizante (por parte de estudiosos que trabajan en las universidades norteamericanas, e.o. Walter Mignolo, John Beverly), los tópicos sobre el pensamiento colonial del continente en cuestión y poniendo en evidencia que éste supo romper, desde principios del s. XX, con el “eurocentrismo epistemológico” (*el vuelco en la geopolítica del conocimiento que encontramos en Bagú y O’Gorman, y quizás en José Carlos Mariátegui, en la década del 20 al 30*²³).

Volviendo a *La materia del deseo*, el argumento principal de la novela cuenta la investigación que lleva Pedro de un misterio vinculado con la participación (y la subsecuente muerte) de su padre, miembro de la guerrilla urbana izquierdista en los años 70. Aunque por su edad Pedro pertenece a la así llamada “generación fría” de los 90, ajena al fervor del activismo político, y aunque declara moverse de forma superficial y objetiva en la temática latinoamericanista, por otro lado, no obstante, es de notar que tanto su tesis doctoral, como el interés por el pasado de su padre lo lleva de rebote a aquella última época de lucha de los movimientos izquierdistas del continente (lo mismo le pasa a otros protagonistas de este autor, por ej., en *Palacio Quemado* de 2006). Pedro sabe cómo cambia su visión de las cosas nacionales debido al ritmo pendular entre Estados Unidos y Bolivia que ha adoptado en su vida²⁴. En tanto ser humano (y ficcional), encarna las teorizaciones actuales sobre la “geo-política” y la “cuerpo-política” del conocimiento²⁵: *La geopolítica del conocimiento se para de frente a René Descartes y lo mira cuando éste afirma: “Pienso, luego existo.” Y le pregunta: ¿dónde piensas, en que configuración socio-histórica se origina el pensamiento que piensa que al pensar existe?*²⁶ Pedro, hijo de guerrillero, y nómada de la modernidad tardía globalizada, piensa desde su herencia

²² S. Castro-Gómez, ‘Geografías poscoloniales...’, p. 167.

²³ W. Mignolo, ‘La opción...’, p. 9.

²⁴ *Su actitud crítica* [el autor habla de los intelectuales trasterrados de hoy] *frente a la modernidad es, en este sentido, diferente a la de los intelectuales posmodernos del “centro”, pues se funda en una determinada “sensibilidad geocultural”, en los vínculos afectivos que mantienen con su región de origen, en un sentido de territorialidad ligado, sobre todo, a la práctica del idioma materno* – S. Castro-Gómez, ‘Geografías poscoloniales...’, p. 168; citando a W. Mignolo ‘La opción...’

²⁵ W. Mignolo ‘La opción...’, con referencia a Enrique Dussel y Aníbal Quijano.

²⁶ Ibid.

latinoamericana, pero a la vez piensa como extranjero, insertándola en los debates mundiales sobre el complejo colonialidad/modernidad antes mencionado.

Varios protagonistas de la prosa del nuevo milenio viajan, pero no se asientan, descubriendo nuevos aspectos de la condición humana en esa transhumancia y precariedad (Aínsa, 2010, cita las novelas de Abelardo Sánchez León, *El tartamudo*, 2002, de Jorge Franco, *Paraíso travel*, 2001, de Santiago Gamboa, *Los impostores*, 2002, *El síndrome de Ulises*, 2005). Por un lado les afecta el condicionamiento de vida propio para la modernidad tardía: movilidad, fluidez, amplia oferta de estilos de vida. Por otro, esos migrantes perpetuos (que se mueven tanto entre los países americanos como entre América y Europa), tan frecuentes en la prosa actual, se rebelan contra los clichés latinoamericanistas y, lo que es significativo, adoptan un tono de pesimismo apocalíptico, enjuiciando el estado de cosas actual en el continente natal: lamento hiperbólico²⁷ que se opone tanto a las visiones idílicas trasnochadas de los extranjeros, como al populismo vernáculo al que recurren desde el cruce de los siglos políticos como Hugo Chávez o Evo Morales. Contra las superficialidades y estereotipos se aplica pues un marcado pesimismo. En su ensayo personalísimo “Los mitos de Chtulhu”, incluido en un tomo de ficciones (*El gaucho insufrible*), Roberto Bolaño lanza sus anatemas pintorescas: *Latinoamérica fue el manicomio de Europa así como Estados Unidos fue su fábrica. La fábrica está ahora en poder de los capataces y locos huidos son su mano de obra. El manicomio desde hace más de sesenta años, se está quemando en su propio aceite, en su propia grasa*²⁸. Dejamos abierta la cuestión de si se trata de hacer abrir los ojos a los demás, deslumbrar con una lucidez realista exenta de ilusiones, o bien de provocar, para ahuyentar de una vez las visiones exóticas del continente. Un protagonista de *Los detectives salvajes* del mismo autor retoma los mismos motivos: *la locura es la locura es la locura y la melancolía también y en el fondo de la cuestión los tres somos americanos, hijos de Calibán, perdidos en el gran caos americano [...]*²⁹. Despoticen también contra su tierra, sin dejar de amarla, el guatemalteco Arturo Arias, el colombiano Fernando Vallejo³⁰.

Dejamos abierta la cuestión de si se trata de hacer abrir los ojos a los demás, deslumbrar con una lucidez realista exenta de ilusiones, o bien de provocar, para ahuyentar de una vez las visiones exóticas del continente. En todo caso, en la narrativa novísima se constituyen nuevos mapas y lo que Aínsa llama una “*geografía alternativa de pertenencia*”³¹ (2010). Latinoamérica se convierte en una sustancia maleable, como el destino y como la memoria

²⁷ En las ficciones de hoy, los narradores cargan las tintas, no sólo refiriendo puntos de vista extranjeros, sino también potenciando la autocrítica: Rodrigo Fresán comenta la manera de representar la realidad mexicana en 2666 de Bolaño: *un inagotable mural mitad El Bosco mitad Diego Rivera; todo y todos se mueven y van y vienen y se cruzan en la tierra y en el aire por rasgos artísticos... monstruosos... o culinarios* (Fresán 2004; doc. electr.). Un protagonista de *Nocturno de Chile* (1999) de Bolaño afirma: *todos los chilenos somos sodomitas*. Este pesimismo, que encuentra suficiente alimento en la precariedad cotidiana, no olvida al parecer tampoco los complejos poscoloniales.

²⁸ R. Bolaño, *El gaucho...*, p. 168.

²⁹ Idem, *Los detectives...*, p. 324.

³⁰ F. Aínsa, ‘Discurso identitario...’

³¹ Ibid.

de los que viajan. La noción de identidad latino o hispanoamericana acompaña hoy a los migrantes y viajeros ficcionales más bien como proyecto que como esencia; proyecto que termina fundiéndose con otros proyectos de otras tierras del globo.

Lo que piensan los latinoamericanos sobre sí mismos, filtrándolo a través de miradas ajenas, es, si nos atenemos a las ficciones contemporáneas, una mezcla indisoluble de lo propio, distanciado en la mirada ajena, y lo ajeno, asimilado o rechazado. El espejo que tiende el “gran Otro” europeo alimentaba desde siempre tanto las fantasías vitales como los fantasmas enajenadores. En los estereotipos identitarios antes citados se observa un vaivén entre la necesidad de asumir la herencia, basada en la unidad de la lengua española y una tradición cultural de cinco siglos, y, por otro lado, la necesidad de liberarse del lastre de los tópicos³².

En todo caso, es notable, que los estereotipos como los arriba citados, por ejemplo, el activista de izquierdas, típico para las décadas de los 70 y 80, cede hoy lugar a otras formulaciones: el migrante voluntario, el nómada global. El auge de las migraciones políticas de los 70 fue dando paso de forma fluida a la movilidad actual de las personas impulsada por la revolución digital y telecomunicativa. En el contexto de la globalización y de la consecuente desterritorialización de las identidades colectivas (antes vinculadas con el espacio físico de una nación), tanto el saber teórico, como el cotidiano y práctico sobre América Latina cambia de carácter. La identidad a la que se adscriben aquellos grupos de hispanos que se mueven constantemente entre su lugar de nacimiento (Bolivia, Dominicana, México) y su lugar de trabajo (España, Estados Unidos) ha de definirse hoy dentro de unas *topografías globales específicas*³³. Las tradiciones históricas y regionales de un país concreto se ubican hoy en un contexto global donde la emancipación identitaria no es ya el valor simbólico supremo, sino que lo suplanta el de la integración en el circuito cultural transnacional. La identidad latinoamericana, en vez de entenderse como un haz de rasgos idealizantes o al revés, degradantes, se pasa pues a concebir como una obra en construcción, que necesariamente debe tomar en cuenta una serie de condicionamientos actuales, obstáculos a la captación esencialista; tales como, entre otros, la circulación global pero “localizada” de las ideas y los mensajes mediáticos; el surgimiento de los nuevos movimientos sociales con la participación de las comunidades indígenas; la movilidad transnacional, que en Hispanoamérica toman la forma, por ejemplo, del complejo socio-económico-cultural de *La Frontera*, o de la presencia trashumante de los hispanos en los Estados Unidos. Con Fernando Aínsa, creemos, sin embargo, que *„más que un obstáculo aniquilador, estas circunstancias del cruce de los siglos constituyen un apasionante desafío a la imaginación y un nuevo punto de partida para el estudio de una noción [la de identidad] que es más un “quehacer” que la gestión de un “patrimonio territorializado”*³⁴.

³² Esto remite, en parte, al problema de la “representación y autorepresentación de la subalternidad”; hasta qué grado los conceptos y teorías introducidos por la antigua cultura dominante pueden ser productivos para los antiguos subalternos.

³³ S. Castro-Gómez, ‘Geografías poscoloniales...’, p. 167; concepto que parcialmente coincide con la “geografía alternativa de pertenencia” antes citada.

³⁴ F. Aínsa, ‘Discurso identitario...’

Ya en los 80, García Canclini recogía la siguiente respuesta del artista multidisciplinario, el mexicano Gómez Peña, sobre la naturaleza compleja de su identidad: *¿Qué se considera usted, pues? Gómez-Peña: Posmexica, prechicano, panlatino, transterrado, arteamericano [...] depende del día de la semana o del proyecto en cuestión*³⁵.

La identidad “transmexicana” captada en el proceso mismo de sus mutaciones actuales, se representa en la antes citada novela de Yuri Herrera, *Señales que precederán al fin del mundo* (2010). Su protagonista, la joven Makina, atraviesa ilegalmente la frontera entre México y Estados Unidos con la misión, encomendada por su madre, de encontrar y traer de vuelta a casa a su hermano, quien, como millares de sus compatriotas, ha engrosado las huestes de los migrantes económicos hispanos. La mirada de Makina pone en relieve el carácter transitorio, provisional tanto de la lengua como de la identidad de los migrantes a Estados Unidos: *Son paisanos y son gabachos y cada cosa con una intensidad rabiosa; con un fervor contenido pueden ser los ciudadanos más mansos y al tiempo los más quejumbrosos aunque a baja voz. Tienen gestos y gustos que revelan una memoria antitiquísima y asombros de gente nueva. Y de repente hablan. Hablan una lengua intermedia con la Makina simpatiza de inmediato porque es como ella: maleable, deleble, permeable, un gozne entre dos semejantes distantes y luego entre otros dos, y luego entre otros dos, nunca exactamente los mismos, un algo que sirve para poner en relación.*

Más que un punto medio entre lo paisano y lo gabacho su lengua es una franja difusa entre lo que desaparece y lo que no ha nacido.

*[...] si uno dice Dame fuego cuando ellos dicen Dame una luz, ¿qué no se aprende el fuego, la luz y sobre el acto de dar? No es que sea otra manera de hablar de las cosas: son cosas nuevas. Es el mundo sucediendo nuevamente, advierte Makina: prometiendo otras cosas, significando otras cosas, produciendo objetos distintos. ¿Quién sabe si durarán, quién sabe si sus nombres serán aceptados por todos, piensa, pero ahí están, dando guerra*³⁶.

Para la mexicana recién llegada sus paisanos se vuelven extranjeros. Si bien parcialmente puede todavía identificarse con ellos, la nueva parte de sus almas, resultado de adaptaciones y negociaciones de identidad, ya le resulta incomprensible. Sin embargo, al compartir con ellos unos momentos de alto riesgo, sin embargo, al ser tratada con brutalidad por la policía, Makina formará espontáneamente partido con sus paisanos trasterrados, los “parias” de la modernidad tardía. Se solidariza con ellos imponiendo su nueva, provisoria y precaria, como se puede prever, pero eficaz identidad de “neobárbara”: *Nosotros somos los culpables de esta destrucción, los que no hablamos su lengua ni sabemos estar en silencio. Los que no llegamos en barco, los que ensuciamos de polvo sus portales, los que rompemos sus alambradas. Los que venimos a quitarles el trabajo, los que aspiramos a limpiar su mierda, los que anhelamos trabajar a deshoras, los que llenamos de olor a comida sus calles tan limpias, los que le trajimos la violencia que no conocían, los que transportamos sus remedios, los que merecemos ser amarrados del cuello y de los pies;*

³⁵ N. García Canclini, ‘Culturas sin territorio. Culturas de los migrantes e identidades en transición’ en J.M. Valenzuela Arce (ed.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana 2004, p. 303 (Colección México Norte).

³⁶ Y. Herrera, *Señales que precederán al fin del mundo*, Cáceres 2009, p. 73-74 (*Largo Recorrido*).

*nosotros, a los que no nos importa morir por ustedes ¿cómo podía ser de otro modo? Los que quién sabe qué aguardamos. Nosotros los oscuros, los chaparros, los grasientos, los mustios, los obesos, los anémicos. Nosotros, los bárbaros*³⁷.

¿Resonaría aquí el manido estereotipo del indígena “salvaje”? Parcialmente, sí; pero adviértase también el tono de reto e indignación (más que de ironía burlona: somos los bárbaros en unos tiempos bárbaros), propio para la perspectiva alterglobalista y de otros movimientos que promueven soluciones discrepantes del capitalismo mundial.

Las ficciones hispanoamericanas más recientes construyen hoy la visión de la realidad en base a la negación del esencialismo identitario, aprobando el movimiento y la hibridez (*Chapulín Colorado, Ricky Martín, Selena, Julio Iglesias y las telenovelas (o culebrones) son tan latinoamericanas como el candombe o el vallenato. [...] Temerle a la cultura bastarda es negar nuestro propio mestizaje*³⁸). Esto desbarata las visiones simplificadoras; se afirman el carácter procesual y la provisoriedad de la identidad. Los estereotipos esencialistas, materia de cita burlona, de ironía o hiperbolización retórica, ya no sirven para caracterizar el ser hispanoamericano. Actualmente, tal caracterización es sólo posible “*como ejercicio de movilidad y perspectivismo; no una verdad fuera del tiempo, sino una idea localizada: Hispanoamérica dónde, cuándo, para quién y por qué*³⁹”.

OBRAS DE FICCIÓN CITADAS

- Bryce Echenique A., *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz. Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire*, Barcelona 1985 (Plaza & Janés/literaria).
- Bolaño R., *Los detectives salvajes*, Barcelona 1998 (*Narrativas Hispánicas*, 256).
- Bolaño R., *El gaucho insufrible*, Barcelona 2003 (*Narrativas Hispánicas*, 349).
- Fuentes C., *Terra nostra*, México 1975 (*Novelistas Contemporáneos*).
- Herrera Y., *Señales que precederán al fin del mundo*, Cáceres 2009 (*Largo Recorrido*).
- Paz Soldán E., *La materia del deseo*, Buenos Aires–Miami 2001.
- Villoro J., *El testigo*, Barcelona 2004 (*Narrativas Hispánicas*, 367).
- Villoro J., *El disparo de argón*, Madrid 1991 (*Alfaguara Hispánica*, 88).

BIBLIOGRAFÍA

- Aínsa F., ‘Le destin de l’utopie: métissage et interculturalité’, *Diogène*, Núm. 209: *Approches de l’utopie* (2005).
- Aínsa F., ‘Discurso identitario y discurso literario en América Latina’, *Amerika*, Núm. 1 (2010), en <<http://dx.doi.org/10.4000/amerika.478>>.

³⁷ Ibid., p. 110.

³⁸ A. Fuguet, S. Gómez (ed.), *McOndo*, p. 14.

³⁹ M. Gomes, *Los géneros literarios en Hispanoamérica. Teoría e historia*, Pamplona 1999, p. 216 (*Números Anejos de RILCE*, 24).

- García Canclini N., 'Culturas sin territorio. Culturas de los migrantes e identidades en transición' en J.M. Valenzuela Arce (ed.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana 2004 (*Colección México Norte*).
- Castells M. [1997], *The Power of Identity*, Chichester 2010 (*The Information Age: Economy, Society and Culture*, Vol. 2).
- Castro-Gómez S., 'Geografías poscoloniales y translocalizaciones narrativas de "lo latinoamericano". La crítica al colonialismo en tiempos de la globalización' en R. Follari, R. Lanz (comp.), *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*, Caracas 1998 (*Colección Pensamiento Transdisciplinario*).
- Fuguet A., Gómez S. (ed.), *McOndo*, Barcelona 1996 (Literatura Mondadori, 55).
- Gomes M., *Los géneros literarios en Hispanoamérica. Teoría e historia*, Pamplona 1999 (*Numeros Anejos de RILCE*, 24).
- Martí J., 'Nuestra América', *La Revista Ilustrada de Nueva York*, 10 de enero de 1891, en Antología del Ensayo, <<http://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/marti/index.htm>>.
- Mignolo W., 'La opción descolonial', *Revista Letral*, Núm. 1 (2008).
- Reyes A., *Notas sobre la inteligencia americana* („Uwagi o amerykańskiej inteligencji”), 1936, trad. al polaco J. Wojcieszak, Warszawa 1994.

Dr hab. Nina PLUTA, prof. UP is a Spanish and Spanish American Literature Professor at the Pedagogical University of Cracow. She is interested in the influence of popular genres in contemporary Spanish-American fiction, also in transatlantic cultural contacts between Europe and Latin America. She is a co-author of *Historia literatur iberoamerykańskich* (History of Ibero-American Literatures) and author of *La sombra del crimen. Las influencias del género negro en la narrativa hispanoamericana del cruce de los siglos*.